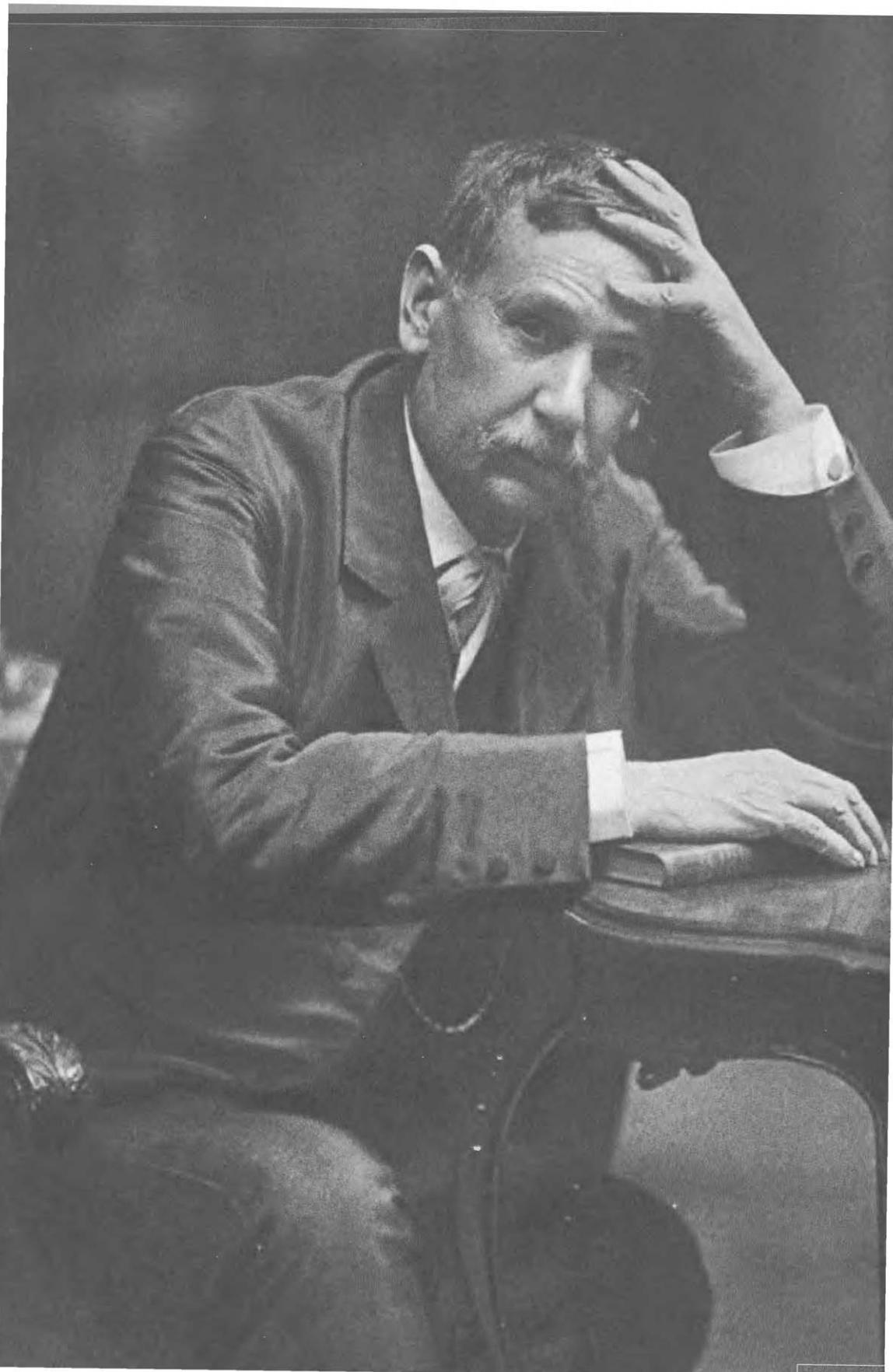


BENITO
PÉREZ
GALDÓS

—
La verdad
humana



BENITO
PÉREZ
GALDÓS

—

La verdad
humana

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
ACCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA · GOBIERNO DE CANARIAS
2019

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTE

Ministro

José Guirao Cabrera

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

Presidenta del Real Patronato

Soledad Puértolas Villanueva

Directora

Ana Santos Aramburo

Director Cultural

Ángel Martínez Roger

ACCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA

Apoderado General, Director Financiero y de Recursos

Eduardo Fernández Palomares

Directora de Programación

Marta Rincón Areitio

Directora de Producción

Pilar Gómez Gutiérrez

GOBIERNO DE CANARIAS

Presidente de Canarias

Ángel Víctor Torres Pérez

*Consejera de Educación, Universidades,
Cultura y Deportes*

M.^a José Guerra Palmero

Viceconsejero de Cultura y Patrimonio Cultural

Juan Márquez Fandiño

Director General de Cultura

Rubén Pérez Castellano

Organizan



EXPOSICIÓN

Biblioteca Nacional de España

Del 1 de noviembre de 2019
al 16 de febrero de 2020

Casa-Museo Pérez Galdós
(Las Palmas de Gran Canaria)

Del 15 de abril al 30 de agosto de 2020

Instituto de Canarias Cabrera Pinto
(San Cristóbal de la Laguna, Tenerife)

Del 12 de septiembre al 8 de noviembre de 2020

Organizan

Biblioteca Nacional de España
Acción Cultural Española
Gobierno de Canarias

Comisarios

Germán Gullón y Marta Sanz

Equipo curatorial

Victoria Galván González
Yolanda Arencibia

Coordinación general

Área de Difusión de la BNE

Manuel Mortari

Acción Cultural Española

Viceconsejería de Cultura
y Patrimonio Cultural

Gobierno de Canarias

Proyecto museográfico y diseño gráfico

Enrique Bonet

Montaje

T&C PROFESSIONAL SL

Transporte

Feltretero División Arte SL

Realización audiovisual

Arantxa Aguirre

Seis miradas actuales sobre Galdós

Jesús Caramanzana

Las mil caras de Galdós

Impresión de fotografías

Talleres de Castro Prieto

Gráfica exterior

Rubén Espada

CATÁLOGO

Editan

Biblioteca Nacional de España
Acción Cultural Española
Gobierno de Canarias

Coordinación general

Área de Actividades Editoriales
de la BNE

Textos

Germán Gullón
Marta Sanz
Yolanda Arencibia
María del Pilar García Pinacho
Andrés Trapiello
Benito Madariaga de la Campa
Carmen Menéndez-Onrubia

Edición de textos

Fernando Valdés Taboada

Digitalización

Laboratorio de Fotografía
y Digitalización de la BNE

Diseño y maquetación

Rubén Espada

Fotomecánica

Babel Producciones Gráficas

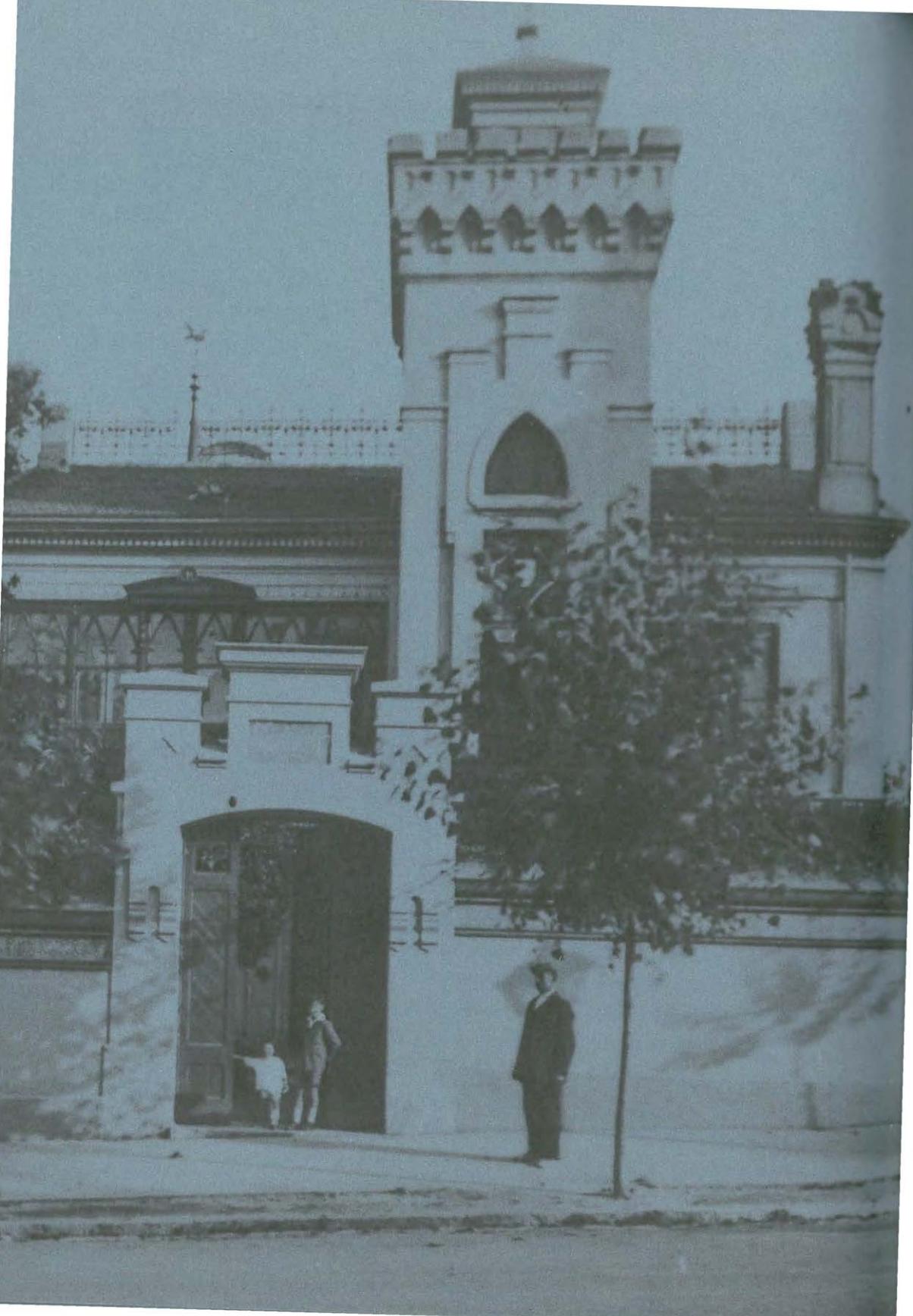
Impresión

Nueva Imprenta

Encuadernación

Méndez

- 17 VIDA Y OBRA DE GALDÓS
Germán Gullón y Marta Sanz
- 41 INFANCIA Y JUVENTUD CANARIA DE GALDÓS
Yolanda Arencibia
- 57 GALDÓS PERIODISTA
María del Pilar García Pinacho
- 67 EL MADRID DE GALDÓS, GALDÓS EN MADRID
Y EL MADRID GALDOSIANO
Andrés Trapiello
- 81 GALDÓS Y SANTANDER
Benito Madariaga de la Campa
- 103 LA OBRA NARRATIVA DE GALDÓS
Germán Gullón
- 125 TRES ACTRICES PARA EL TEATRO DE GALDÓS:
MARÍA GUERRERO, MATILDE MORENO
Y MARGARITA XIRGU
Carmen Menéndez-Onrubia
- 153 GALDÓS EN LA ACTUALIDAD
Marta Sanz
- 169 BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL
- 177 RELACIÓN DE OBRAS EXPUESTAS



GALDÓS Y SANTANDER ¹

Benito Madariaga de la Campa

Santander fue para Pérez Galdós no solo un lugar de veraneo, sino la ciudad donde el escritor residió durante largas temporadas, entre 1871 y 1917. Vivió allí acompañado de su familia, sus hermanas, sus sobrinos y su madrina Magdalena, dedicado a las tareas literarias. En ese período de cuarenta y siete años escribió una parte importante de su obra en la ciudad norteña, en las diversas casas alquiladas y luego en el chalet, San Quintín, que se construyó en La Magdalena. Según un cálculo aproximado, ocho novelas, catorce episodios y más de once obras de teatro, iniciadas o corregidas, con títulos tan destacados como la segunda y tercera parte de *Ángel Guerra*, dos de las novelas de la serie de *Torquemada*, además de *Nazarín*, *Halma*, *El abuelo*, *Casandra* y *El caballero encantado*. En las novelas y en los episodios tenemos el comprobante que él mismo señala al final, indicando en cada libro dónde las inició y concluyó, a veces empezadas en Madrid y terminadas en Santander o viceversa.

No resulta tan fácil en el caso del teatro escrito en esta ciudad, ya que, si bien figuran los lugares de estreno, no señala al término de la obra la fecha de la elaboración. Para fijar estas últimas hay que echar mano entonces a los epistolarios o a las manifestaciones aparecidas en el diario *El Cantábrico* de Santander.² Tal es el caso del arreglo teatral de *Doña Perfecta* en 1895 o la corrección de *Luchana* en 1899, según le comunicó Galdós al doctor Manuel Tolosa Latour. Del mismo modo, le decía el 13 de agosto de 1912 a su amante, Teodosia

San Quintín, chalet de veraneo de Galdós en Santander. Fotografía. Colección privada L.V.M.

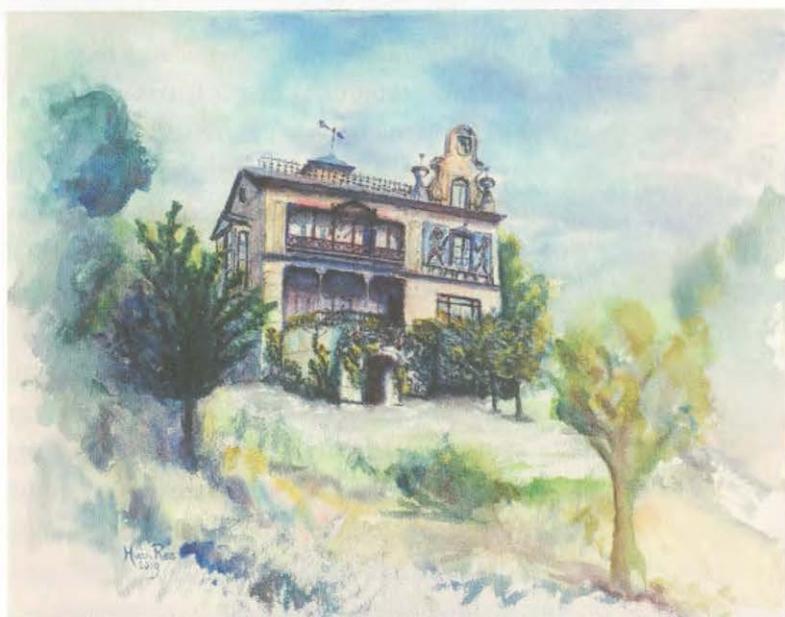
Gandarias, que tenía entre manos el repaso y enmienda de la tragicomedia *Alceste* o le escribía el 22 de septiembre de 1913: «estoy atareadísimo con esta *Doña Celia*, afanado por llevártela concluida en borrador». ³ El 22 de agosto de 1915 le comunicaba en una carta que seguía muy metido en el drama de *Sor Simona*.

Aparte escribió artículos, discursos y prólogos, preparó algunos libros o recogió notas históricas, como hizo en el caso de *Trafalgar*, nada más llegar a esta ciudad, o con *Santa Juana de Castilla*, ya al finalizar su estancia en Santander. En cuanto a artículos, publicó en 1876 «En un jardín», en *La Tertulia*, y al año siguiente «La princesa y el granuja», en la *Revista Cántabro-Asturiana*. En *La Prensa*, de Buenos Aires, publicó varios artículos referidos a Santander, a José María de Pereda y a su obra, a la salida de los jóvenes emigrantes desde el puerto de Santander y a las dos explosiones del vapor Cabo Machichaco, que ocasionaron numerosas víctimas (la primera de ellas la destrucción, además, de una parte de la ciudad). En el diario *El Cantábrico*, dirigido por su amigo José Estrañi, dio a conocer artículos y capítulos de sus libros y, a partir de 1907, alocuciones y discursos políticos.

Podemos hablar entonces de un trabajo literario compartido con el descanso estival que le permitía ir a la playa (en la primera época), pasear y asistir a las tertulias dentro y fuera de su casa de San Quintín, una vez hubo decidido construirse una finca en el camino de La Magdalena, cercano al Sardinero.

Aparte de las obras que escribió en Santander total o parcialmente, tenemos que considerar las que en alguna medida tienen argumento o se desarrollan en esta entonces provincia. Este es el caso de *Rosalía*, novela que transcurre entre Santander y Madrid, iniciada posiblemente a partir de 1872, es decir, durante los primeros viajes de Galdós a Cantabria.

Lo que opinaba en esos momentos Galdós sobre lo que debía ser la novela española, sus fines y la poca categoría que tenía entonces, debido al folletín y a las traducciones francesas, se puede comprobar en el artículo publicado en *Revista de España* en 1870 en la noticia literaria «Observaciones sobre la novela contemporánea en España. *Proverbios ejemplares* y *Proverbios cómicos*, de D. Ventura Ruiz Aguilera».



San Quintín, chalet de veraneo de Galdós en Santander. Fotografía. Colección privada L.V.M.

Heillette van Ree. *Vista de San Quintín*, 2019. Acuarela. Colección privada [cat. 134]



José Luis Araúna. Galdós toma un coche de punto en la puerta de San Quintín, Santander, 1910. Fotografía. AGA [cat. 145]

La relación de piezas dramáticas que se vendían entonces dejaba también mucho que desear literariamente al ser en su mayoría traducciones del francés. Por los escenarios pasaban comedias, dramas y zarzuelas, en su mayoría, de poca monta. Entre el numeroso repertorio de escritores de moda, una inmensa parte de ellos traductores, se encontraban Ramón Arriola, Manuel Bretón de los Herberos, Antonio Gil y Zárate, Ventura de la Vega, etcétera. Se trataba, por lo general, de comedias ligeras, dramas históricos, melodramas, juguetes cómicos... Entre los mejores autores figuraban Leandro Fernández de Moratín, Luis de Eguílaz, Manuel Bretón de los Herreros, Luis de Olona y Francisco Camprodón. En la novela ocurría igual, con la de por entregas o la romántica, que, como afirmaba en sus «Observaciones», «ya está mandada a recoger».

En el caso concreto de *Rosalía* hay mucho humor y un retrato crítico de los personajes, con cierto paralelismo entre el hidalgo don Juan Crisóstomo galdosiano y el don Robustiano de *Blasones y talegas*, de Pereda. El primero es descendiente de familia cántabra, personaje

carlista, apoyado en la tradición y persona respetada en el pueblo. Su casa vieja y mal restaurada tiene huerta, oratorio, cuadra, bodegas y grandes salas. «Todo allí era antiguo», describe el narrador. Su vida monótona se limita a la de un hidalgo de antaño que «iba a misa, charlaba un poco, comía a la una, dormía la siesta, paseaba con el cura, después leía un poco, cenaba luego, hacía sus oraciones y se acostaba para dormir en paz y en gracia de Dios». Tiene un hijo y una hija, llamada Rosalía, y la pretensión de don Juan es casarla con un indiano rico recién llegado de México. Pero Rosalía está enamorada del pastor protestante Horacio Reynolds, que llega a Castro Urdiales debido a un naufragio.

Por su parte, don Robustiano Tres-Solares, tal como le describe Pereda, no es muy diferente del anterior en sus pertenencias y posesiones: un modesto vestuario de hidalgo, una casa blasonada con portalada, algunos carros de tierra y un molino harinero deteriorado. Su hija, llamada Verónica, «alta, rubia, descolorida y marchita», se casará con Antón Mazorcas, hombre rico, hijo de indiano, si bien de poca alcurnia. Ideológicamente don Robustiano es contrario a la Constitución de 1869, enemigo de la revolución y partidario de Zumalacárregui.

Como vemos, el argumento y mentalidad de los dos hidalgos es muy semejante, con bastantes afinidades. Suponemos que Galdós no creyó entonces oportuno publicar *Rosalía* al existir demasiadas coincidencias entre ambas novelas, aparte de ser anterior la de Pereda. Por otro lado, se puede pensar que no iba a gustar a su amigo y que le colocaba a él en una postura difícil por contener un argumento poco original y encerrar una sátira muy directa contra el carlismo, con ideas del personaje muy similares a las del escritor cántabro, al ser Juan Crisóstomo antiliberal de un parecer contrario a los krausistas, a la civilización moderna y, por añadidura, antimadrileñista.

Sin embargo, de *Rosalía* sacó Galdós elementos e inspiración para otras dos novelas: *Doña Perfecta* y *Gloria*, aunque se parezca en la trama a la segunda. En el segundo capítulo de *Rosalía*, el diálogo entre don Juan Crisóstomo y el cura don Juan de la Puerta, en el que se alude al liberalismo, a la civilización moderna y al krausismo, nos recuerda algunos de *Doña Perfecta*.

Aparte, la novela tiene mucho de folletín con abundantes diálogos. En ella se critica, por ejemplo, el arte religioso de algunas imágenes mal vestidas y la pobreza arquitectónica de la mayoría de las iglesias de Madrid, tema tratado luego por Galdós en *Doña Perfecta* y uno de los motivos de las desavenencias del protagonista con su tía y el penitenciario.

Se trata, en definitiva, de una obra desechada que solo le sirvió como material posible para las dos novelas posteriores. ¿Fue por esto —nos preguntamos— por lo que no quiso publicarla? Debemos también señalar la ambientación en una parte de la provincia de Santander: aparecen las poblaciones cántabras de Castro Urdiales, Cabuérniga, Santillana, Laredo y, por supuesto, Santander.

Le sigue a esta novela otra también ambientada en Cantabria a través de sus personajes. Nos referimos a la citada *Doña Perfecta*, de 1876, en la que plantea Galdós la discrepancia ideológica que se desarrolla en Orbajosa entre el protagonista y los personajes de simpatías carlistas. El narrador explica que el nombre de la ciudad proviene de la corrupción de *Urbs Augusta* y que sus habitantes se distinguían por su hidalguía y nobleza y por ser patriarcales y hospitalarios. Estos hidalgos presumen de su abolengo guerrero, alusivo sin duda a las guerras cántabras en las que combatió el emperador Augusto (de ahí el topónimo). Augusta llama también don Cayetano en la novela a Orbajosa.⁴ El narrador describe, además, en esta novela, los tipos constitucionales clásicos, según la teoría humoral. Así, Pepe Rey representa el tipo atlético, con complexión fuerte y hercúlea, y doña Perfecta, el bilioso, de la que manifiesta que «la desmejoraba la intensa amarillez de su rostro, indicando una fuerte constitución biliosa». En cambio, don Inocencio Tinieblas corresponde al tipo flemático y el narrador lo corrobora cuando asegura que se expresa flemáticamente. Por último, Rosario Polentinos, hija de doña Perfecta, según el retrato de Galdós, encaja en el tipo melancólico: es «una muchacha de apariencia delicada y débil, que anunciaba inclinaciones a lo que los portugueses llaman saudades».

La sátira de la novela no debió de pasar desapercibida en cuanto al momento histórico, con partidas carlistas en la provincia de



Galdós en su quinta
de San Quintín, 1905.
Mundo Gráfico, 7-1-1920,
p. 10. BNE ZR/327

Santander, y a la mentalidad de los orbajocenses, orgullosos de sus fueros de antaño y con actitudes xenófobas contra Madrid.

Gloria, de 1877, es la tercera novela donde aparecen detalles sacados de Santander. Ficóbriga sería una mezcla de varias localidades: Simancas, Santillana, Comillas, San Vicente de la Barquera y Santander, con elementos concretos. Así, la colegiata es la de Santillana, y el castillo y la ría de San Vicente de la Barquera, pueblo de Cantabria donde se sabe que hubo judería. El cementerio y el consistorio de Ficóbriga son los de Comillas y de Santander, y la ensenada del Camello se puede ver a pocos metros de la entrada del palacio de La Magdalena. En un arrecife de este lugar hace naufragar en la novela el vapor *Plantagenet*. En la segunda parte de ella, cuando describe la procesión, hace desfilar a hidalgos, marineros y aldeanos, a los que retrata con sus defectos y generosas cualidades. Es aquí donde señala la acción en un pueblo de aquellas repúblicas cántabras cuyos habitantes dice que había descrito Pereda en sus obras.

Retrato de Ignacio Pérez Galdós, hermano mayor de Benito, en Santander. Fotografía. Colección privada L.V.M.



Tenemos finalmente una tercera novela cántabra, ambientada en Villamojada, lugar que se ha identificado con Torrelavega y, en concreto, con las minas de Mercadal, en el pueblo de Cartes. Se trata de *Marianela*, de 1878, donde el narrador, al final, al referirse al sepulcro y al nombre que figura de la fallecida, asevera con ironía que pertenece a una de las familias más nobles y acaudaladas de Cantabria. Esta novela supone una ruptura con las anteriores y se advierte en ella, junto a una denuncia social, la defensa de los menesterosos, la necesidad de la enseñanza y la demanda de un justo reparto de la riqueza. Llamam la atención las numerosas invocaciones religiosas, sobre todo de la Virgen. Después de los juicios vertidos contra las dos novelas anteriores por Pereda y Menéndez Pelayo, *Marianela* fue un deseo de patentizarles su religiosidad y demostrarle a Pereda que no estaba escribiendo novelas volterianas, como luego desarrollaremos.

Respecto al motivo de su viaje a Santander, aunque conocemos su encuentro con Pereda, nos queda la duda de por qué eligió esta ciudad cántabrica para su descanso estival. Se ha supuesto que fue

porque se trataba de una plaza de veraneo más barata que San Sebastián o tal vez pudo deberse al deseo de mitigar las dolencias de su cuñada y madrina, Magdalena Hurtado de Mendoza. Influyó, sin duda, en la elección el agradable y suave clima del verano santandereño y el hecho de ser frecuentada la ciudad por escritores y personas de la alta burguesía que la eligieron como lugar vacacional. Su regreso año tras año al mismo lugar obedeció, sin duda, a su amistad con Pereda, que le solicitaba su permanencia veraniega en Santander, y al hecho de que su hermano Ignacio fuera nombrado gobernador militar de Santander en 1879.

Su deseo de acercarse al mar era una necesidad de retornar a los hábitos de su niñez, los más persistentes, en los que tuvo un contacto muy directo con el mar. Cerca de su casa, en la calle de Cano, estaba el antiguo muelle de Las Palmas. Ello le facilitó, igual que le había ocurrido a Pereda, un contacto con las cofradías de pescadores. En su caso, con la de San Telmo, que le había regalado la reproducción de un exvoto existente en la ermita: una embarcación del siglo XVII, que tenía colgada en el techo de su sala en San Quintín. También poseía unos ejemplares del molusco gigante del Pacífico, el taclobo, cuyas conchas utilizaba para bebederos de pájaros y palomas.

Santander fue, como asegura José Pérez Vidal, el lugar donde Galdós revalidó y amplió su cultura marinera. Sin embargo, eran dos mares muy diferentes. El suyo, algo menos bronco que el Cantábrico, donde se originaban galernas de vez en cuando. De los puertos canarios salían lanchas y veleros dedicados a la pesca y el cabotaje, que llegaban, a veces, hasta las costas africanas. Otra cosa era el espectáculo de la arribada a Las Palmas de los transatlánticos y grandes veleros que hacían el tornaviaje de América, esta era muy parecida a la que cuenta Pereda en *Sotileza*, cuando llegaba La Montañesa. Galdós aprovechó sus visiones del mar y de las embarcaciones para practicar su afición a la pintura con cuadros y dibujos marineros.

A partir de 1913, año en que se inauguró el palacio de La Magdalena y comenzaron a venir los reyes Alfonso XIII y doña Victoria (a los que visitará Galdós en 1915), la ciudad adquirió un mayor atractivo, se pone de moda y compite con San Sebastián, donde veraneaba la reina madre. A todo ello tenemos que añadir la fuerte

vinculación de Galdós con esta provincia, donde tuvo sus amores y nació su hija María, protagonizó actos políticos y asistió a estrenos teatrales. En aquellos veranos frecuentó el trato con José María de Pereda y, menos, con el escritor Amós de Escalante y con el biólogo institucionista Augusto González de Linares. Se veía asimismo con Marcelino Menéndez Pelayo, que pasaba esos meses siempre en Santander; con el periodista José Estrañi; y con el grupo de republicanos que componían su tertulia en San Quintín. Acudían también de visita a este lugar escritores, hombres de ciencia y artistas de teatro, como Concha Catalá, Margarita Xirgu o el matrimonio formado por María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Los recibidos con mayor intimidad eran los doctores Enrique Diego Madrazo, Manuel Tolosa Latour y Gregorio Marañón, médicos particulares de la familia. En esta relación figuraban, igualmente, el torero Machaquito y su hija Rafaelita, los tres sobrinos hijos de su hermana Carmen y políticos que, alguna vez, visitaron San Quintín, como fue el caso de Pablo Iglesias, Rodrigo Soriano, Melquíades Álvarez, el conde de Romanones, Álvaro de Albornoz o Tomás Romero, entre otros.

En el episodio *Amadeo I*, de 1910, habla Galdós de la ciudad harinera de Santander, dedicada entonces al tráfico de este producto acarreado por bueyes tudancos. Su primera visita a Santander, en 1871, coincidió con la que hizo a la ciudad el rey Amadeo de Saboya. Durante esta estancia el monarca practicó la pesca y la natación, en la que era un hombre experto (por lo visto, también lo era en amores). Galdós nos cuenta los encuentros que mantuvo aquí con la hija de Larra, la llamada «dama de las patillas». Como la reina no había viajado por estar en gestación, don Amadeo se buscó una sustituta. Al referir esta historia, Galdós relata lo que le costó al monarca recuperar unas comprometidas cartas amorosas de la citada amiga previo pago de cien mil pesetas, que no era entonces cualquier cosa. Y como apunta el narrador: «No hay noticia del tiempo que tardó Adela en recoger la indemnización de guerra, última página de su historia de amor». Recoge también don Benito en este episodio de forma criptográfica las diferentes amantes que él tuvo, que no fueron pocas. De la importancia literaria de esta obra hablaremos después.



Galdós en su casa
de Santander. Fotografía.
Colección privada L.V.M.

Para poder resumir la etapa de su vida en Santander, conviene considerar dos momentos: desde 1871, cuando tenía veintiocho años, hasta el fin de siglo, en que cumplió cincuenta y seis, y desde el comienzo de siglo hasta 1917, cuando, a la edad de 74 años, realiza su último viaje a la ciudad cántabra.

En el primer período tuvo lugar la compra y cierre del suelo de la finca en 1890, al decidir hacerse vecino de Santander y construir una casa con jardín. El día del estreno oficial de la vivienda, el 9 de marzo de 1893, después de un homenaje que le habían rendido los periodistas y amigos de Santander, encabezados por Pereda, don Benito invitó a todos a visitar San Quintín. Un artículo aparecido al día siguiente en *El Correo de Cantabria* con la descripción de la casa y su contenido, en el que se reseñaba la existencia de una mascarilla de Voltaire y la presencia sobre una mesa del libro *Le Socialisme contemporaine*, de Émile de Laveleye, ocasionó que el diario *La Atalaya*, vinculado al obispado, publicara el día 11 un artículo en el que le acusaba de masón y añadía que no se debían leer sus obras, por



suponerlas «impías, escépticas y contrarias a la religión». De todo ello resultó una polémica periodística muy desagradable que motivó que Pereda le escribiera a Menéndez Pelayo: «No te hablo del cisco armado aquí con motivo de nuestro banquete a Galdós, porque te supongo enterado de él y principalmente porque ya apesta». Galdós, prudente, no respondió a las provocaciones

El fin de siglo trajo la entrada de Galdós en la Real Academia Española en 1897, mientras Pereda lo haría al año siguiente, acontecimientos velados por la pérdida del resto de nuestras colonias o provincias de ultramar en tan solo los cuatro últimos años de guerras. Desde Santander pudo contemplar Galdós el embarco y desembarco de las tropas vencidas y enfermas, que, a veces, gritaban en los muelles contra España. Era un ejército derrotado y sin posibilidades de trabajo, un contingente de repatriados con el que esta ciudad se portó admirablemente hasta el punto de merecer el título de «Siempre benéfica» que figura en su escudo. Apareció entonces en el país

Christian Franzen. Benito Pérez Galdós leyendo las galeradas de su discurso de ingreso en la Real Academia Española en el salón de la casa de su amigo Manuel Tolosa Latour, Madrid, 6 de febrero de 1897. Fotografía. RAE [cat. 155]

una reivindicación regeneracionista acompañada de un pesimismo nacional. Galdós mantuvo siempre ante la crisis nacional, bautizada como «el desastre», una postura de confianza en las posibilidades del pueblo español. Su labor de escritor se intensificó en esos momentos y en 1899 concluía en Santander cuatro episodios: *Luchana*, *La campaña del Maestrazgo*, *La estafeta romántica* y *Vergara*. Su discurso en el banquete de la colonia canaria celebrado en Madrid en 1900 y el artículo «Soñemos, alma, soñemos», publicado en 1903 en la revista *Alma española*, son claramente regeneracionistas y constituyen un canto de esperanza a las posibilidades del pueblo español, que, a su juicio, no estaba muerto.

Santander no iba a ser, sin embargo, el lugar más idóneo para encontrar una atmósfera propicia a su mentalidad reformadora al tratarse de una provincia de carácter tradicional con predominio conservador, aunque con unas minorías liberales y republicanas. En otros momentos nos hemos referido a ese ambiente en que la amistad y la discrepancia ideológica convivían en su trato con José María de Pereda y Marcelino Menéndez Pelayo. Con el primero tenía mayor intimidad, aunque solo se veían en el verano, con el segundo coincidía en Santander y en Madrid. El oficio de novelistas les permitió cambiar opiniones y se advierte en algunas de sus obras la influencia mutua.

Pereda fue tradicionalista y católico ferviente; Galdós, liberal que terminó siendo republicano y disconforme con la Iglesia de su tiempo. Pereda era nervioso, polemista y buen conversador; Galdós era, en cambio, introvertido, callado, tenaz, disciplinado y abierto a todas las influencias literarias, políticas y religiosas de aquel momento. Los dos fueron buenos amigos. Pero en tanto el escritor de Polanco le amonestaba a don Benito por carta en términos a veces duros, como cuando escribió *Gloria*, que le parecía una novela volteriana, Menéndez Pelayo le incluyó sin contemplaciones en su *Historia de los heterodoxos españoles*, dedicándole una página durísima que comenzaba diciendo: «Hoy en la novela el heterodoxo por excelencia, el enemigo implacable y frío del catolicismo, no es ya un miliciano nacional, sino un narrador de altas dotes, aunque las oscuridad el empeño de dar fin trascendental a sus obras». Y añadía: «En

Pablo Iglesias, 1886.
Fotografía. Fundación
Pablo Iglesias [cat. 86]

Káulak, Marcelino
Menéndez Pelayo,
1905. Fotografía.
BNE [cat. 47]

José María de Pereda.
La Esfera, 11-3-1916, p. 23.
BNE ZR/130



Pérez Galdós vale mucho más sin duda el novelista descriptivo de los *Episodios nacionales*, el cantor del heroísmo de *Zaragoza* y de *Gerona*, que el infeliz teólogo de *Gloria* o de *La familia de León Roch*. Ambas opiniones no dejaban de ser injustas, pero la de Menéndez Pelayo fue, además, muy utilizada por la Iglesia española para combatir al novelista grancanario.

A Pereda le contestó don Benito epistolarmente protestando de unos juicios severos en los que le calificaba de autor volteriano que había logrado «un puesto para sus libros en los índices expurgatorios de Roma». Galdós le escribió un tanto disgustado estas palabras: «Nunca creí hacer una obra antirreligiosa, ni aun anticatólica, pero menos aún volteriana. ¿Que hay de volteriana en *Gloria*? Nada. Habrá todo menos eso. Precisamente me quejo allí (y todo el libro es una queja) de lo irreligiosos que son los españoles». Por ello le declaraba a su contradictor que amaba la libertad de cultos y se lamentaba de los defectos del pueblo español, blasfemo y antisocial. Pero al ver que no coincidían en sus juicios le hizo esta confesión íntima sin importarle que quedara escrita: «Carezco de fe, carezco de ella en absoluto. He



procurado poseerme de ella y no lo he podido conseguir. Al principio no me agradaba semejante estado, pero hoy vamos viviendo».⁵

Menéndez Pelayo al llamar a *Gloria* «alegato librecultista» y calificar al autor de heterodoxo e infeliz teólogo no es menos injusto. Pero veremos cómo, al contestar al discurso de entrada de Galdós en la Academia, rectificó ese juicio en el que, como decía Gregorio Marañón, rozó los límites de la cortesía.

Con Pereda hizo Galdós un viaje por Cantabria y visitó Portugal, con criterios opuestos sobre lo que vieron. En los encuentros de ambos, ya que no en las tertulias de cada uno, que tenían por separado, hablaron de lo divino y lo humano, como decía Galdós, y cambiaron impresiones sobre la novelística de su tiempo. Con Menéndez Pelayo se veía también, como decíamos, en Madrid, pero solo cuando asistían a los actos académicos o culturales.

Pereda era diez años menor que Galdós y veintitrés que Menéndez Pelayo. A pesar de la edad y de las divergencias ideológicas existentes entre ellos, persistió una amistad discrepante que no los separó nunca. En 1897 cuando don Marcelino contestó el discurso de

entrada en la Academia de su amigo grancanario dejó patente que, pese a la pública y notoria discordancia en puntos muy esenciales, su amistad había resistido los embates del tiempo y los accidentes que pudieran contrariarla. A su vez, al pronunciar el suyo de contestación al escritor de Polanco, don Benito dijo algo parecido al afirmar que la amistad que le unía con Pereda no había sucumbido ante desacuerdos de criterios muy sustanciales, relación que ofrecía como modelo a la gente del oficio.⁶

Hoy, pese al tiempo transcurrido, las opiniones críticas vertidas por don Marcelino en la Academia sobre la obra de su amigo siguen siendo válidas literariamente, aunque la muerte prematura le impidió conocer los últimos escritos de Galdós, que tampoco leyó Pereda, que murió en 1906.

Las influencias literarias de Galdós en Pereda se advierten en algunas obras como *Pedro Sánchez*, a modo de episodio nacional galdosiano, o en novelas con tesis moralistas de intención contraria, como *De tal palo, tal astilla*; de Pereda en Galdós, en *Gloria* y *La familia de León Roch*. El padre Apolinar, de Pereda, y Nazarín, de Galdós, presentan analogías y diferencias.

Galdós admiraba en las escenas costumbristas y las novelas peredianas la capacidad para el diálogo y su lenguaje, pero lamentaba, como expuso en la Academia, que fuera tan regionalista y propenso a lo tradicional y al pasado; y así afirmó, en su contestación, que se recreaba excesivamente «en la contemplación y alabanza de las edades remotas». Por cortesía aludió solamente a su postura irreductible y severa en el ámbito religioso, en el que no cedía nunca. Resulta curiosa la opinión de Pereda, transmitida a su compañero canario, cuando leyó *La Regenta*, de Clarín, y le escribió las siguientes palabras:

Supongo que habrá V. leído *La Regenta*, y me consta que su autor espera con ansia el dictamen de V. Allá tiene ya el mío, porque le deseaba, y también sé que no le ha incomodado ni mucho menos; y eso que no me mordí la lengua para decirle lo que me parecían ciertas y determinadas cosas que ahí acontecen. Ya supondrá usted a cuáles aludo. Pero ¡cuánta gracia y cuánto

ingenio hay derrochado en aquellas páginas! Podrá aquello no ser un modelo de novelas, y para mí desde luego no lo es; pero ninguno que lo considere con ánimo sereno dejará de comprender que en Clarín hay un novelista de empuje, que con un poco de juicio y de imparcialidad puede hacer grandes cosas.⁷

El segundo período de Pérez Galdós comienza en 1900. Con el nuevo siglo cambió su mentalidad, proceso del que es resultado el estreno de *Electra*, en 1901. Hacia 1906 se hizo republicano y continuó su actividad de autor teatral. Su ideología había evolucionado y se declaraba anticlerical en sus discursos políticos y en obras como *El caballero encantado*, de 1909, o *Amadeo I*, de 1910. El carácter reformador político y religioso ya se encontraba en las novelas de la primera época, y se había manifestado intermitentemente hasta el comienzo de su etapa de autor teatral. Fue en ese momento cuando intentó que esta mentalidad crítica y aleccionadora llegara hasta el público por medio de las facilidades que ofrece el teatro para emocionar a la audiencia. Pereda y Menéndez Pelayo, los amigos santanderinos, conocieron la producción teatral de Galdós, sin embargo, don Marcelino no se refirió a ella en su contestación al discurso de entrada de Galdós a la Real Academia Española. Sabemos que Pereda leyó *Electra* y que Menéndez Pelayo asistió a su representación en Madrid, lo que le acarreó una dura reprensión del diario ultramontano *El Siglo Futuro* por haber acudido al estreno y haber aplaudido.

Respecto a las últimas creaciones del novelista canario, ya bajo la influencia de su participación política como republicano y pese al inconveniente de su ceguera y de tener que dictar sus escritos, algunas de ellas siguen manteniendo su originalidad, como el citado episodio de *Amadeo I* (que comenzó a escribir a lápiz y que se vio obligado a dictar en gran parte). En esta obra se encuentran detalles autobiográficos de sus ocupaciones en Madrid, las mujeres con las que tuvo relaciones descritas criptográficamente, ataques a la Iglesia y al carlismo, la aparición de personajes simbólicos, alteración del tiempo, la falta de método, la presencia de personajes fantásticos (como la madre Mariana), su simpatía por la política de Ruiz Zorrilla, etcétera, todo ello mezclado con lo histórico. Por cierto, cita a

Menéndez Pelayo cuando vivía en el edificio de la Academia de la Historia, detalle que no se corresponde con la época del rey Amadeo. El protagonista, Tito, alter ego de Galdós, es un pícaro del siglo XIX de clase media. El interés de este episodio de la serie final radica en anticiparse a un tipo de novelas que mezcla lo histórico con lo fantástico e insólito.⁸

En esta etapa del comienzo del siglo, de los tres hechos de mayor significación, el primero fue el citado estreno de *Electra*, que le elevó a la fama y le acarrió la animadversión de la Iglesia en justa réplica por los escándalos de las manifestaciones anticlericales originadas por una obra que no tenía nada de anticlerical, tal como ya vieron en su época algunos autores.⁹

El segundo fue su participación en política dentro del Partido Republicano, por la que intervino en mítines y manifestaciones anticlericales, defendió a los obreros huelguistas y se entrevistó con Pablo Iglesias, alguna vez en Santander. Desde esta ciudad le escribía a su compañera Teodosia Gandarias desde 1906 a 1915. Este epistolario, publicado por Sebastián de la Nuez en 1993, es fundamental para conocer la gestación de algunas obras suyas, las actuaciones políticas, los estrenos teatrales o sus sentimientos amorosos.¹⁰ Algunas de sus alocuciones políticas se hicieron desde Santander. Así, el 7 de junio de 1908 Estrañi leyó una carta suya de protesta contra el proyecto de ley del terrorismo; el mismo texto fue remitido al mitin del Teatro de la Princesa de Madrid. En septiembre de este mismo año se leyó también otra carta de Pérez Galdós con motivo del aniversario de la Revolución de 1868. Finalmente, en noviembre se lanzó desde Santander la campaña en España de la propaganda liberal del bloque de izquierdas con un mitin en el que estuvieron, entre otros, Galdós y Melquíades Álvarez. En 1910 presentó para su lectura otro texto de solidaridad con los huelguistas de Santander y Bilbao. Al año siguiente, se entrevistó en su finca de San Quintín con Pablo Iglesias en agosto y septiembre, y en la misma casa del novelista se redactó este último mes un extenso telegrama dirigido al presidente del Consejo de Ministros por parte de los miembros del Comité Nacional Ejecutivo de la Conjunción Republicano-Socialista. Todavía en 1912 participó Galdós en un mitin reformista celebrado en Santander.

El Cantábrico, dirigido por José Estrañi, fue el periódico que se posicionó a favor de Galdós publicando artículos suyos, notas y discursos políticos. También fue el único que en el debate con Menéndez Pelayo por el Premio Nobel se declaró a favor del escritor canario.

Creemos que debemos decir algo de esta polémica, en la que los únicos correctos fueron los dos candidatos presentados al premio en 1912. A Galdós le defendieron los republicanos, liberales y partidos obreros, mientras que a Menéndez Pelayo le avalaban la Iglesia y los conservadores. Los dos eran merecedores de ese galardón. El primero estaba prácticamente ciego y endeudado, y el segundo, muy enfermo, hasta el punto de que falleció ese mismo año. Lo triste de la polémica es que hubo toda una campaña contra Galdós que llegó hasta la Academia de Bellas Letras de Estocolmo.¹¹ Unamuno recordó, en la velada necrológica que dedicó en 1920 a Galdós, que lo ocurrido había sido vergonzoso, ya que, según le comunicó el bibliotecario de la Academia del Nobel, no pasaba día sin que recibieran cartas y telegramas en contra del escritor grancañario.

El resultado fue que ambos se quedaron sin el premio debido. Las nuevas tentativas que se hicieron después a favor de Galdós resultaron fallidas. El premio hubiera significado su reconocimiento mundial como escritor y la solución a sus muchos problemas económicos, que se intentaron resolver en 1914 con una suscripción popular nacional que encabezó el rey Alfonso XIII, pero que no solucionó nada. La propuesta que se hizo de otorgarle una pensión vitalicia tampoco prosperó. Para entonces estaba ciego, arteriosclerótico y lleno de deudas. No podía permitirse el lujo de mantener dos casas y, como confesó en 1914 a *La Esfera*, para poder vivir no tenía más remedio que dictar todas las mañanas durante cuatro o cinco horas su producción literaria. Para colmo, no estaba en condiciones de practicar sus aficiones a la pintura y tocar el armonio. Sus piernas apenas le permitían caminar. Los estrenos teatrales de *Marianela* en Santander y Torrelavega, según la adaptación hecha por los hermanos Álvarez Quintero, supusieron en 1917 su despedida de Santander, ya que el doctor Marañón no le aconsejó al año siguiente los traslados.

A partir de este momento, la finca de San Quintín perdía su cometido de residencia veraniega, y más cuando estaba hipotecada.

En 1919, su abogado y albacea, José Alcaín, recibió un poder para que se vendiera y le entregara el dinero al contado o a plazos.

Una vez fallecido el escritor, la herencia pasó a su hija María y no a los sobrinos. María Pérez Galdós, casada con Juan Verde, hizo todo lo posible por convertir la casa en un museo galdosiano, pero el Ayuntamiento de Santander no dio el paso decisivo ni tampoco el Ministerio de Instrucción Pública, pese a las tentativas de los miembros del Patronato creado a tal fin, como Miguel Artigas, José María de Cossío, Pedro Salinas o Elías Ortiz de la Torre. En 1934, los Ayuntamientos de Segovia y Badajoz acordaron solicitar que se facilitaran los medios económicos para la creación del citado museo galdosiano. A ellos se unieron los escritos en el mismo sentido de los Ayuntamientos de Las Palmas, Lardero, Torrechiva, Lucena del Cid, Madrid, Zaragoza, Málaga y Benicarló. Las reuniones no resolvieron el problema, que se fue demorando. En 1936, Domingo Barnés, ministro de Instrucción Pública, mandó tasar el edificio y su importe, con todo el contenido, ascendió a doscientas cincuenta mil pesetas. Se acordó que el Estado libraría las primeras cien mil pesetas. La entrega se pensaba hacer durante la estancia de Manuel Azaña en Santander, en el verano, pero la sublevación militar del 17 de julio de 1936 abortó esta resolución, que luego no quiso aceptar el nuevo Gobierno. Tampoco hubo en la ciudad quien abogara después por aquel museo en proyecto y en 1940 la casa fue comprada por un particular, que reformó por dentro y por fuera el edificio. Una parte del contenido fue a parar a Las Palmas. Santander no adquirió nada y muchas de las pertenencias, incluidos los manuscritos, cartas y objetos, se perdieron o vendieron.

NOTAS

1. Este texto es una versión adaptada del que con el mismo título apareció en el libro editado por Yolanda Arencibia y Ángel Bahamonde *Galdós en su tiempo*, Santander-Tenerife, Parlamento de Cantabria-Cabildo de Gran Canaria, 2006.
2. Ver la relación de artículos y obras escritas en Santander en el «Apéndice» del libro de Benito Madariaga de la Campa, *Pérez Galdós: Biografía santanderina*, Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1979, p. 419-424.
3. Salvo indicación contraria, las citas del epistolario se pueden encontrar en Alan E. Smith, María de los Ángeles Rodríguez y Laurie Lomask [eds.], *Correspondencia*, Madrid, Cátedra, 2016.
4. Benito Madariaga de la Campa. «Ambientación, biotipología y lenguaje gestual en *Doña Perfecta* (1876)», *Páginas galdosianas*. Prólogo de Rodolfo Cardona. Santander, Ediciones Tantín, 2001, p. 37-65.
5. Carmen Bravo-Villasante. «Veintiocho cartas de Galdós a Pereda», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 250-252 (octubre de 1970-enero de 1971), p. 9-51.
6. Marcelino Menéndez y Pelayo, José María de Pereda y Benito Pérez Galdós. *Discursos leídos ante la Real Academia Española en las recepciones públicas del 7 y el 21 de febrero de 1897*, Madrid, Estab. Tip. de la Viuda e Hijos de Tello, 1897. Existe una edición facsimilar, con prólogo de Benito Madariaga de la Campa, publicada por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en 2003.
7. Soledad Ortega. *Cartas de Pereda Galdós*. Madrid, Revista de Occidente, 1964, p. 96-99.
8. Benito Madariaga de la Campa. «*Amadeo I*, un episodio de ruptura», *Páginas galdosianas*. Prólogo de Rodolfo Cardona. Santander, Ediciones Tantín, 2001, p. 81-93.
9. Benito Madariaga de la Campa. «La crítica de *Electra* en la prensa de Cantabria», *Páginas Galdosianas*. Prólogo de Rodolfo Cardona. Santander, Ediciones Tantín, 2001, p. 67-79.
10. Sebastián de la Nuez [ed.]. *El último gran amor de Galdós: Cartas a Teodosia Gandarias desde Santander (1907-1915)*. Santander, Ayuntamiento de Santander, 1993.
11. Benito Madariaga de la Campa. «La candidatura al Premio Nobel», *Pérez Galdós en Santander*. Santander, Librería Estudio, 2005, p. 53-57.